

Del decaimiento a la recreación de las comunidades, una propuesta desde el Nuevo Testamento

Irene Vega

Hace unos meses me pidieron que preparara una comunicación sobre cómo pasar del decaimiento a la recreación de las comunidades, con la ayuda de personajes del Nuevo Testamento. Los organizadores de esta semana me han proporcionado una buena oportunidad para hacerme preguntas. Voy a compartir con vosotros y vosotras lo que ha pasado por mi corazón. Empiezo por aclararos que esta reflexión está hecha desde el contexto europeo.

Si me lo hubieran propuesto hace unos años, os hubiera hablado de una manera apasionada. Os hubiera comunicado mis sueños, mis utopías... Os hubiera sugerido muchas sendas por las que caminar hacia el Reino. Puedo decir que entonces veía "más claro", el Vaticano II nos había abierto unos cauces preciosos para recrear nuestra vida. Hoy, en cambio, constato con fuerza la falta de significatividad de la vida religiosa. Aunque los jóvenes cercanos a nosotros la describan como alegre, acogedora, evangélica, libre, actualizada, dinámica, solidaria... (1) Sé muy bien y conozco por dentro el desencanto de algunos hermanos y hermanas. Bastantes tenemos en el corazón cicatrices por el abandono de la vida religiosa de compañeros y compañeras nuestras. ¿Hacia dónde vamos?

Estamos en un momento en el que cunde un cierto desaliento. No deseo hurgar la herida, no voy a diseccionar, no voy a hacerla supurar. Otros quizás se sientan llamados a hacer esta tarea. Yo quiero más bien buscar pistas, quiero construir desde las fragilidades que nos habitan. Quiero que mis reflexiones sean curativas, que mis sugerencias sean un bálsamo para las llagas, que mis palabras sean un canto de esperanza.

Voy a dividir mi exposición en seis apartados. Seguiré para cada uno de ellos el mismo esquema. En todos ellos comienzo por acercarme a una realidad de decaimiento, a situaciones que se dan en nuestras comunidades y que me plantean interrogantes. En un segundo momento me acerco a un personaje bíblico que puede aportar luz para el camino. Finalmente me atrevo a sugerir unas pistas con las que podemos recrear nuestra vida.

1. Del desencanto a la esperanza

1.1. Cuando vivimos una etapa de desencanto

Tenemos la sensación de vivir una crisis en la vida religiosa, una etapa de desencanto. Nuestras fuerzas han disminuido, hemos perdido vitalidad. Podríamos decir que andamos con un poco de "anemia". Somos pocas y pocos y cada vez mayores. Nuestra opción celibataria parece no tener aprecio social. Nuestro voto de obediencia, para muchos, entra en conflicto con la autonomía y la libertad personal; es visto como un obstáculo ante los valores de la cultura moderna. Nuestras comunidades, en ocasiones, son menos atractivas en comparación con los nuevos movimientos eclesiales que surgen. Tras el Vaticano II, ya no es la única posibilidad de vivencia radical de la fe, los seculares han hecho, en muchos casos, opciones de vida muy serias.

1.2. Arrancamos a Jesús un gesto sanador (Mc 5,25-34)

Parece que se nos va la vida, como le pasaba a aquella mujer que padecía flujo de sangre, aquella que se acercó a Jesús para recobrar la esperanza (Mc 5,25-34). La hemorroisa tenía unos síntomas parecidos a los nuestros. Si nos acercamos a ella quizá podamos encontrar un camino de sanación.

La sangre en el Antiguo Testamento era el principio de la vida de las personas y de los animales (Dt 12,23), por eso era tabú y no se podía comer. Una mujer que pierde sangre, pierde vitalidad, es una mujer encaminada hacia la muerte. Su marginación se hace crónica, permanente, sin visos de solución. ¿No nos pasará eso mismo a nosotros en esta etapa de la vida religiosa? ¿No se nos va la vida de alguna manera? Por su enfermedad está separada, excluida. Para entender su situación es necesario conocer las leyes vigentes sobre las mujeres: "Cuando una mujer tenga la menstruación permanecerá impura durante siete días. El que la toque quedará impuro hasta la tarde" (Lv 15,19). Lo que en toda mujer era causa de exclusión temporal, la menstruación, en ella se ha convertido en motivo de exclusión perpetua.

La vida religiosa conoce, en este momento, esta situación de vivir "al margen". Los religiosos y, particularmente las mujeres religiosas, no terminamos de encontrar un lugar en el corazón del mundo. La sociedad de nuestro primer mundo tolera con dificultad lo diferente, aquello que se sale de lo establecido (búsqueda de bienestar, vida en pareja, hijos...). Nosotros y nosotras, como aquella mujer, podemos sentir un cierto aislamiento por ser diferentes. No sólo nos cuestionan desde fuera; también nos cuestionamos nosotros mismos porque quizá no somos significativos por el déficit de entusiasmo y de convicción por la opción que hemos hecho.

La mujer que padecía flujo de sangre, impura y marginada de la sociedad, se acerca a Jesús y toca su manto (Mc 5,27). Posee una voluntad decidida, un grado de confianza sorprendente, un gran valor para saltar barreras sociales y religiosas de su tiempo. Va

más allá de los obstáculos que la religión del Dios-ley le pone: "no vayas al rabí, no le toques". Pero es una mujer que no se deja arrastrar hacia la muerte. El impulso de la vida mantiene viva su esperanza, sabe, confía en Jesús que podrá curarla. La mujer enferma se salta la normativa vigente y toca a Jesús: "Se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Pues se decía: si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, quedaré curada" (Mc 5,27-28). Esta mujer tiene todos los motivos para haber perdido la esperanza pero hace un último intento. Jesús oye la súplica callada de quién no levanta la voz. Jesús percibe el contacto suave y cálido de quién apenas se atreve a tocarle. Jesús acepta que la impura se le acerque. Jesús permite a la fe robarle su poder sanador. El maestro se deja tocar y responde dando vida; decide curarla como consecuencia de su gesto audaz, de su confianza arriesgada. La fuerza y la fe de esta mujer arrancan a Jesús un gesto de misericordia y una palabra sanadora: "queda curada de tu mal" (Mc 5,34).

1.3. Somos llamados a generar vida y a recobrar la esperanza

La lectura que acabamos de hacer nos deja un poso en el corazón, nos da la certeza de que Jesús nos dará la vida, nos regalará la esperanza. Nuestro Dios es un Dios de vivos. Si apostamos por la vida, si nos situamos en el corazón de los lugares en los que se lucha por la vida, en los que se genera vida, en los que se comparte vida, entonces recobramos la esperanza. Si nos atrevemos a ser audaces como esta mujer del evangelio, a romper con los valores establecidos, quizá podamos ser significativas para algunos, quizá podamos cuestionar a otros, quizá podamos encontrar nuestro lugar en el mundo. Tenemos la certeza de que, al acercarnos a Jesús, oiremos sus palabras: "Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz..." (Mc 5,34).

No terminamos de ver claro cuál es el futuro inmediato de la vida religiosa. Hemos salido con Vaticano II desde una orilla del río, seguimos navegando, seguimos remando hasta alcanzar la otra. No sabemos dónde se encuentra pero intuimos que, avanzar a través de la corriente, da sentido a nuestras vidas. Sólo sabemos que "hay gérmenes de algo nuevo que puja. La magnitud de lo que muere puede parecernos impresionante. Pero hay más fuerza en una pequeña semilla que nace que en un impresionante árbol viejo que se viene abajo" (2).

2. Del juicio a la misericordia

2.1. Cuando vivimos en la dinámica del juicio

Cuando era adolescente, tenía una amiga que me decía que su padre era "descontentadizo y quejumbroso". Su expresión me hacía mucha gracia. Hoy pienso que estos dos adjetivos podrían caracterizar muchas veces a ciertas comunidades.

Algunos religiosos y religiosas, cuando miran hacia atrás, no se cansan de lamentarse: "no se ponen límites a nuestros jóvenes", "cada uno hace lo que quiere", "vivimos hacia fuera", "aquí no reza nadie", "no sabemos hacia dónde vamos", "no nos merecemos que entren nuevas vocaciones"... Otros, los que sueñan con un modelo de vida religiosa que no termina de llegar, enjuician también muchas veces a los hermanos y hermanas: "no estamos verdaderamente insertos", "no vivimos como los pobres", "a las mujeres no nos dejan acceder a los estudios teológicos", "cómo nos pesan las instituciones"... Esta dinámica de juicio va minando nuestras vidas comunitarias, va sumiéndonos en una atmósfera de desesperanza.

2.2. Acogemos la misericordia del Padre (Lc 15,11-32)

Otro hombre, el hijo mayor de la parábola de Padre misericordioso (Lc 15,11-32) se muestra severo con sus "próximos". El que nunca se acercó a las prostitutas, el que nunca se alejó de su padre, el que nunca dejó de cumplir una orden, el que nunca dejó de llevar una vida digna, no conocía el corazón de su padre. Este ser humano se permite juzgar a su progenitor y a su hermano: "Pero llega ese hijo tuyo, que se ha gastado tu patrimonio con prostitutas, y le matas el ternero cebado" (Lc 15,30). La conciencia de su propio valor le impide percibir la misericordia de su padre, y escuchar sus palabras: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo" (Lc 15,31).

Esta bella parábola, cuyo protagonista no es el hijo pródigo, sino el padre bueno, nos desvela el verdadero rostro de Dios. Nos enseña que si el padre mira con misericordia a su hijo, aquel que se ha alejado y malgastado su herencia, nos llama a mirar con la misma ternura a nuestros hermanos y hermanas de comunidad. El padre no recrimina a su hijo menor, que le exige parte de la fortuna familiar: "Padre dame la porción de la herencia que me corresponde" (Lc 15,12). Le deja hacer su vida y ser libre. Cuando vuelve le acoge, le hace sentirse querido y, de alguna manera, vuelve a engendrarlo.

2.3. Llamados a captar la bondad que duerme en el corazón del hermano y de la hermana

¿No es la parábola del padre bueno todo un reto para nuestra vida comunitaria? ¿No nos invita a amar a nuestros hermanos y hermanas sin ponerles condiciones, sin juicios, sin querer que respondan a nuestros esquemas de vida? Echándonos en cara los unos a los otros aquello que no va, no llegaremos a ninguna parte. Es evidente que no podemos callarnos, es evidente que tenemos que buscar juntos nuevos caminos para la vida religiosa, acogiendo todo lo que ha sido un rico tesoro a lo largo de la historia y escuchando las voces proféticas de aquellos y aquellas que, movidos por el Espíritu, ven lejos, intuyen respuestas a los desafíos de nuestro tiempo. ¿Escucharnos? Sí. ¿Expresar hasta el fondo lo que pensamos? Sí. ¿Constatar nuestras diferencias? Sí. Pero sin juicios, sin condenas.

¿No nos iría mejor si en nuestras comunidades reflejáramos la belleza que tiene cada hermano y hermana? Recuerdo un cuento que me gustó por la sabiduría que encierra:

"Una vez, cuando Abraham Ibn Ezra viajaba y predicaba, se encontró visitando al rey de Egipto. Fue tratado regiamente y conducido a una habitación que tenía los cuadros más increíbles. Según le dijeron, habían sido pintados por el ilustre maestro Karaguz hacía cientos de años. Eran inapreciables, irremplazables. A Abraham le llamó la atención una pared que estaba vacía y se acercó a ella. El rey le explicó que Karaguz había muerto antes de terminar los cuadros, y nadie se atrevió a igualar su habilidad y pericia. Abraham guardó silencio un momento y entonces dijo con valentía: -Yo puedo crear algo para esta pared que sobrepasará con mucho a los otros cuadros. El rey se mostró incrédulo. -Concededme algunos días, separad con cortinas este espacio y dejadme solo. Necesito algunas cosas, trapos, plata en polvo, antimonio.

Comenzó a trabajar. Hizo una pasta de plata y antimonio. Cubrió toda la pared con ella y la frotó enérgicamente. Cuando se secó, la pulió y llamó al sultán para que viese el resultado. El rey estaba atónito. Era verdad: la pared era preciosa. Era un espejo que reflejaba los otros cuadros, y que a la sazón parecía estar viva y moverse, vibrante y radiante. En aquel momento todos los cuadros parecían auténticos" (3).

Este cuento me recuerda en una frase de Paul Ricoeur: "Liberar el fondo de bondad que hay en el hombre". Me parece una misión preciosa para nosotros, religiosos y religiosas. El protagonista de la parábola en la que nos hemos centrado, no juzga a sus hijos, libera el fondo de bondad que hay en ellos. A la ingratitud del menor responde con una fiesta. Al juicio del mayor, con una invitación a compartir la vida: "todo lo mío es tuyo" (Lc 15,31). Este pasaje nos convoca a despertar la ternura, la dignidad, la grandeza que hay en todo ser humano. ¿No será ésta la misión que el Señor encomienda hoy a la vida religiosa ante un mundo que vive en la angustia y la inseguridad? Si nos dedicáramos a captar la bondad que duerme en el fondo del corazón de los hermanos y hermanas de nuestra comunidad y juntos nos empeñásemos en narrar, con nuestras palabras y con nuestra vida la parábola de la bondad, ¿no seríamos buena noticia para todos y para todas?

Nuestro voto de castidad ¿no nos invitará a vivir desde la misericordia y la compasión? ¿No nos impulsará a cambiar nuestra mirada por la mirada de Dios? ¿No desencadenará nuestra capacidad para amar a aquellos que el mundo no ama? ¿No nos llevará a mirar con ternura a aquellos que no cuentan para nadie? Si no desarrollamos este sentimiento delicado y fuerte de la compasión, nuestra vida perderá sabor, no nos hará felices ni será fecunda para los demás.

3. Del activismo a la escucha de la Palabra

3.1. Cuando el activismo seca nuestra música interior

Los conventos, han sido durante muchos años, como aquellas estaciones de servicio que proporcionan combustible a quien lo necesita. Bien es verdad que lo hemos hecho con entrega y desde la escucha del Evangelio. Es cierto que, en estos últimos veinticinco años, nos hemos desplazado del centro de las ciudades a las periferias, donde los "clientes" son gente más necesitada. Hemos ido dónde la sociedad civil no cubría los servicios, nos hemos preparado técnicamente, hemos sido pioneros en muchos casos, hemos sido generosos en nuestra entrega pero el exceso de actividad ha secado muchas veces nuestra música interior. Esto tampoco ha llenado de sentido nuestras vidas, ni suscitado interrogantes a los que llegan a nuestras puertas. Quizá hemos quedado atrapados en nuestros quehaceres, dejando de ser signos del amor gratuito de Dios.

3.2. Nos sentamos como María a los pies de Jesús (Lc 10,38-42)

Quiero comentar una página del evangelio (Lc 10,38-42) que puede ayudarnos a discernir en esta situación que estamos viviendo. Todos conocemos la interpretación tradicional, que hacía de Marta el modelo de la vida activa y de María el de la vida contemplativa. De alguna manera representaban el contraste entre el "hacer" y el "ser".

Hoy, hemos roto este esquema, ya no miramos a las dos mujeres como rivales. Marta deja de ser esa mujer poco reflexiva, más preocupada por las cosas de aquí abajo. "Hoy día, la mirada feminista va mucho más allá de lo que se nos ha dicho siempre. Más bien que ofrecer dicotomías y divagaciones entre quién de las dos es "más" que quién, hemos aprendido a contemplarlas por separado -no en complementariedad- en su totalidad de mujeres igualmente valiosas en sí mismas, sin necesidad de compararlas ni oponerlas. Sencillamente, apreciar lo maravilloso que es ser Marta o ser María, porque maravilloso es ser lo que se es" (4). Hoy no las contraponemos, no las enfrentamos, las dos eran discípulas muy queridas de Jesús.

Si nos acercamos a estas dos mujeres desde un contexto más amplio (Jn 11,1-44; 12,1-11) descubrimos que Marta entiende la fe no como evasión de la realidad sino como servicio a los que tienen necesidad de ayuda. Construye su fe desde lo cotidiano, sabe que la fe sin obras está muerta (Sant 2,26), a la vez que proclama la fe de la Iglesia naciente: "Yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo" (Jn 11,27).

Los rabinos no aceptaban a las mujeres como discípulas. María adopta una actitud poco habitual, se sienta a los pies de Jesús (Lc 10,39), es decir se pone en la actitud del discipulado (Hch 22,3) y no se cansa de escuchar al maestro. María se sale del ámbito doméstico, reservado a las mujeres y entra en el de la relación, la escucha, el diálogo... Ante la queja de Marta (Lc 10,40), Jesús sale en defensa de María, aquella mujer callada y tranquila que "había escogido la mejor parte" (Lc 10,42).

3.3. Somos llamados a acoger y rumiar la Palabra

El evangelio viene a decirnos: la Palabra de Dios está por encima de cualquier otro interés. Desde el encuentro personal con Jesús saldremos a los caminos para curar a los heridos, como lo hizo el buen samaritano (Lc10,25-37). Este relato nos llama a dar preferencia a la escucha de la Palabra por encima de cualquier otra cosa. No pretende disociar vida activa y contemplativa, pretende sencillamente decirnos que la escucha de la Palabra es el comienzo absoluto de la vida de todo creyente, es la fuente de donde brota nuestra acción.

La Palabra está configurando progresivamente la vida de los religiosos. Me consta, porque he vivido de cerca el proceso; muchas comunidades están centrando su dinámica comunitaria en torno a la lectio divina; han pasado ya los tiempos de los libros devocionales. Los capítulos generales están animando a los religiosos a vivir una espiritualidad centrada en la Palabra.

La lectura asidua de la Escritura, práctica olvidada durante siglos y recuperada por Vaticano II, se va haciendo central en nuestras vidas. San Bernardo define a la comunidad como espejo del Libro y al Libro como espejo de la comunidad. Muchas veces la lectura de la Palabra nos resulta difícil; leída en comunidad se nos hace más cercana y nos permite, juntos, discernir los signos de los tiempos, nos lleva a profundizar la relación personal con Dios. La Palabra edifica a la comunidad edificando al creyente.

En las nuevas generaciones, en los países del tercer mundo, se observa un hambre, un deseo profundo de la Palabra. La Palabra de Dios nutre nuestra fe y alimenta nuestra oración. "Frecuentar la Palabra, rondarla, cortejarla, familiarizarnos con ella, guardar como un tesoro en el arca de la memoria esas breves frases de los salmos o del Evangelio que en algún momento han hecho arder nuestro corazón: tu amor vale más que la vida (Sal 63,4); el señor es mi pastor nada me falta (Sal 23,2); venid a mí los cansados y agobiados (Mt 11,28); tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,68); dichosos los misericordiosos (Mt 5,7); Jesús, hijo de David, ten compasión de mí (Mc 10,48); que me alcance tu ternura y viviré (Sal 119,77)" (5). Pasar por el corazón a lo largo del día alguno de estos versículos llenará nuestro día de luz y de esperanza.

Esta Palabra, acogida y rumiada cada día, nos lleva de la mano al encuentro con Dios; cambia nuestra mirada sobre el mundo y sobre los hermanos y hermanas: nos hace contemplativos. Todos recordamos aquella palabras de Rahner: "el cristiano de mañana o será místico, es decir alguien que ha experimentado algo, o dejará de ser cristiano". ¿Cuál es el nivel de experiencia de Dios o simplemente de fe de los religiosos? Hoy, más que nunca, el valor nuclear de la vida religiosa es la relación con Dios y la condición de orantes en un mundo secular. ¿La fe radical es la base del proyecto personal y apostólico de los religiosos? ¿La vida religiosa es testimonio visible de fe radical? Las nuevas generaciones son atraídas por el deseo absoluto de Dios. Sólo podremos reconstruir nuestra vida si nos ponemos, como María, a los pies de Jesús, si salimos al encuentro del Resucitado.

La fe radical "significa sobre todo, ahondar en esa experiencia personal de Dios alimentada con la oración personal y comunitaria y con la contemplación en la vida y la misión. Sólo esa fe radical sustenta y da sentido a la vida religiosa. La misión simbólica de la vida religiosa pide de cada uno de sus miembros ser maestros o maestras espirituales y de sus comunidades, ser auténticas escuelas de espiritualidad" (6).

4. De la eficacia a la gratuidad

4.1. Cuando vivimos en clave de eficacia

La vida religiosa tiene una larga trayectoria de servicio. Hemos hecho de nuestras instituciones plataformas desde las que nos hemos desvivido por los demás. Hemos sido muy eficaces en nuestra entrega. Desde el comienzo, en nuestras comunidades, nos han formado para no perder el tiempo, para ser operativos. Hemos sido muy eficientes a la hora de ofrecer servicios en el campo de la sanidad, de la educación, de la acción social. Es indudable que hemos sido muy activas, particularmente las mujeres, para aliviar el sufrimiento de los desfavorecidos.

Todo esto ha tenido, sin duda, mucho sentido en su momento pero hoy, el vivir en clave de eficacia, nos produce un cierto desencanto. Es evidente que nuestra vida, como la de todo hombre y mujer, como la vida de los pobres, ha de pasar por un trabajo serio y comprometido de transformación de la realidad, pero no sometiéndonos a los dictámenes que impone nuestra sociedad neoliberal. Estamos descubriendo el valor que tiene la gratuidad. Muchos gestos insignificantes pueden estar cargados de sentido.

4.2. Nos asombramos ante la viuda que entrega todo lo que tiene (Lc 21,2-4)

Jesús parece que se mueve en estas coordenadas cuando valora la entrega de aquella pobre viuda que echó dos monedas al cofre de las ofrendas (Lc 21,2-4). Evidentemente era más eficaz lo compartido por los ricos, pero el maestro les dice: "os aseguro que esa viuda pobre ha echado más que todos los demás" (Lc 21,3). Esta mujer no se paró a pensar cómo se las arreglaría para vivir; sencillamente entendió que lo que tenía era para entregarlo, que lo que daba sentido a su vida era el no reservarse nada, el no calcular. El gesto radical de darlo todo, la hacía seguidora del Maestro. Los caminos del Señor no son nuestros caminos. La que perdió todas las seguridades se convierte en discípula de Jesús.

4.3. Somos llamados a la escucha gratuita

Hemos orientado nuestros recursos al servicio de los empobrecidos, pero no siempre hemos estado silenciosamente al lado de los perdedores. La situación de pobreza que estamos viviendo, debido a nuestro envejecimiento y a la pérdida de prestigio, puede ser un momento de gracia para que encontremos nuevos caminos de inserción más acordes con el evangelio. Entendemos mejor a los desheredados desde la propia experiencia de marginación. Por esta razón el tiempo que vivimos puede convertirse en un Kairos, en momento de gracia. Nos proporciona una sensibilidad especial para percibir otros tipos de exclusión.

Durante años hemos hablado mucho, hemos enseñado eficazmente, ¿no habrá llegado el momento de aprender a escuchar? Cuando recorro el evangelio constato que Jesús escuchaba a las gentes. Escuchó a la mujer cananea (Mt 15,21-28), a los ciegos (9,27-31; 20,29-34), a un leproso (Mt 8,1-4), a sus discípulos (Mt 8,23-27), a Nicodemo (Jn 3,1-21), a los fariseos (Jn 8,1-11), a Marta (Jn 11,17-27). Jesús nos enseña el arte de la escucha. Los que tanto hemos enseñado, ¿no somos llamados a aprender el arte de la gratuidad, el arte de la escucha?

Escuchar es un gesto poco cultivado en nuestra sociedad pragmática. Escuchar no hace subir en el escalafón del prestigio y del poder, ni alimenta nuestra ambición. No es rentable económicamente. Tengo una amiga psicóloga que viene de vez en cuando a verme para compartir su vida conmigo. Suele traerme algún regalo, ella cobra por escuchar, le sorprende que nuestra escucha sea gratuita.

En un mundo en el que todo se compra y se vende, he visto como hay gente que ha dado sentido a su vida a través de la escucha silenciosa. A las doce de la noche he entrado en una iglesia situada en una de las zonas más vivas del París nocturno. Las puertas estaban abiertas de par en par para acoger y atender a los que viven de noche. Una hermana de mi congregación se instala cada tarde en un local de Rouen, para escuchar a todo el que quiera hablar un rato. ¿No os parece que ha encontrado un cauce valioso para su etapa de jubilación?

A las mujeres se nos abre otro horizonte: el ministerio de la escucha, ese servicio gratuito y silenciosa que ayuda a poner en pie a tantas personas.

Son muchos y muchas los que, a lo largo del día, llaman a nuestras puertas.

Tenemos siempre un café caliente para todo el que llega? ¿Sabemos dejar de lado los quehaceres, las necesidades o las preocupaciones para que el visitante se sienta escuchado? ¿Tienen un lugar preferente los excluidos en nuestro corazón? También el Señor espera nuestra acogida: "Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3,20). El Señor no puede forzar su entrada, espera nuestra libre decisión, espera a que "tengamos tiempo". Si abrimos se producirá el encuentro. Los discípulos de Emaús abrieron la puerta a Jesús, se pusieron a la escucha, acogieron al caminante y lo sentaron a su mesa. Ese gesto devolvió la luz a sus ojos, despertó de nuevo la esperanza.

5. Del "hacer carrera" al entregar la vida

5.1 Cuando nos llega la tentación de "hacer carrera"

Timothy Radcliffe, Maestro General de la Orden de Predicadores, señala que "el religioso es una persona que ha sido liberada de la carga de tener que 'hacer carrera' (7). Vivimos en un mundo en el que "hacer carrera" da identidad. En cualquier campo, en la universidad, en el ejército, en el mundo de la prensa, en la construcción... buscamos subir por la escalera del prestigio y del poder. Valoramos a las personas por el puesto que se les asigna en la sociedad, por el éxito o el dinero que les procura su profesión. No se nos pone nada por delante a la hora de buscar beneficios; somos capaces de convertir animales herbívoros en carnívoros con tal de sacar más rendimiento. ¡Y si no, que lo digan las vacas locas!

Otra manera de "hacer carrera" es la autorrealización. Esta legítima aspiración que Dios ha puesto en nuestro corazón, a veces la entendemos como una forma de satisfacer deseos y aspiraciones individuales, sin tener en cuenta la dimensión relacional, sin tener en cuenta que, el proyecto que Otro puede tener para mí, puede realizarme y hacerme feliz. ¿Estamos los religiosos y religiosas fuera de esta propuesta cultural? ¿Hemos roto con la dinámica de la búsqueda de ganar, de poseer, de conservar, de autorrealización a todo precio?

El voto de obediencia nos convoca más allá de toda búsqueda del "hacer carrera", tiene su raíz en esta desapropiación. Nos va despojando de los propios intereses y nos va vinculando a los hermanos y hermanas en una misión común; pone nuestra libertad dialogada al servicio del camino con otros (8). En muchos casos los religiosos nos hemos preocupado desmesuradamente por asegurarnos un trabajo digno y gratificante, por cuidar nuestra propia salud y autoestima, por buscar nuestra propia autorrealización. Necesitamos una gran dosis de autenticidad y acompañamiento de los hermanos y hermanas para hacer la verdad.

A mí me gusta mucho el cine, me ayuda a conocer a los hombres y a las mujeres, mis compañeros de camino en la vida, despierta a la vida mi corazón que a veces está adormilado. He visto, hace poco tiempo, un largometraje dirigido por Lars Von Trier: Bailar en la oscuridad. Me ha ayudado a entender en qué consiste entregar la vida. Se trata de una parábola sobre el amor de una madre por su hijo; la protagonista sabe lo que es la donación absoluta. Esta película, como Titanic, revelan algo del amor incondicional de Dios.

Hemos dado unos pasos muy serios para insertarnos en nuestro contexto. Hoy es inconcebible vivir nuestra vida religiosa de espaldas al mundo. Hemos entrado en esta dinámica apoyados por Vaticano II pero ¿hemos de acoger los valores actuales sin

más? ¿Nuestro ámbito de referencia no ha de ser siempre el Evangelio? Se impone una reflexión "y como criterio de discernimiento podríamos emplear la respuesta del Abbé Pierre a una pregunta de la televisión francesa: ¿qué es lo más importante de su vida? Su contestación inmediata fue: "Los otros" (...). Entre tantos intentos de definir teológicamente la vida religiosa podemos preguntarnos qué ocurriría si nos comprendiéramos a nosotras mismas como mujeres para quienes lo más importante son los otros" (9). Y cuando digo "otros" digo especialmente los otros más débiles, aquellos por los que se desvivía el Abbé Pierre, aquellos que malviven en el Egido, aquellos que arriesgan su vida en las pateras por buscar una vida más digna entre nosotros, aquellos que hacen huelga de hambre en nuestras iglesias para forzar la regularización de su situación en España.

5.2. Aprendemos a acercarnos a los otros por amor (Lc 10,25-37)

El evangelio nos presenta a un hombre, un samaritano, que sabía lo que era entregar la vida a los pequeños (Lc 10,25-37). La parábola, que Lucas pone en boca de Jesús, quiere ayudarnos a descubrir quién es nuestro prójimo, nos enseña la manera cristiana de comportarnos con él. Todos conocemos la parábola del buen samaritano; sabemos que el sacerdote y el levita no dejan abandonado al hombre, que yace medio muerto en el camino, por maldad o por pereza. Lo hacen porque viven aferrados al cumplimiento externo de la ley. Para ellos era más importante no caer en la impureza, tocando sangre, que socorrer al necesitado. Dan un rodeo y se alejan (Lc 10,31-32). Su corazón no estaba convertido al Dios de la misericordia.

Jesús nos desconcierta una vez más. Entra en escena un samaritano, un hombre excluido para los judíos, un hereje, un impuro según la ley. No sabemos si tiene muchos o pocos conocimientos de la Toráh pero está convencido de que no existen normas morales o sociales que permitan abandonar al necesitado. Sabe que el amor es la medida suprema de nuestra conducta. Al ver a aquel hombre herido, siente lástima (Lc 10,33). Pero no se limita a tener un simple sentimiento de compasión sino que socorre al necesitado con un amor eficaz (Lc 10,34-35).

A la pregunta del maestro de la ley: ¿quién es mi prójimo? Jesús contesta con esta parábola que expresa el rostro compasivo de Dios. Próximo es todo hombre o mujer que se aproxima a los demás con amor. El texto no describe teóricamente la misericordia sino que pone un ejemplo claro de lo que es la compasión: "se acercó y le vendó las heridas, después de habérselas curado con aceite y vino; luego lo monta en la cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él" (Lc 10,34). "Jesús le dice al maestro: Vete y haz tú lo mismo. No le dice: Ve y aprende lo que has oído, ni tampoco le dice: Explica a la gente lo que yo te he enseñado. Jesús habla de acción, y acción realizada desde la capacidad de amar: Vete y haz tú lo mismo. Hábilmente, Jesús ha cambiado la pregunta de su interlocutor. No se ha limitado a responder: ¿quién es mi prójimo?, sino que ha insistido en enseñar ¿qué debo hacer yo para ser prójimo de los demás? El evangelio no se lee sólo para conocer a Jesús, se estudia para seguir a Cristo mejor; el evangelio no son datos sino vivencia de la misericordia" (10). A base de mirar a este Dios, lleno de ternura y de bondad, el buen samaritano comprende, como el Abbé Pierre, que lo importante son "los otros".

5.3 Somos llamados a entregar la vida a los hermanos y a las hermanas

Quisiéramos, muchas veces, arrancar las páginas fuertes del Evangelio, ésta que acabamos de meditar y muchas otras que nos descolocan. Vivimos en una cultura del analgésico, como dice Amadeo Cencini, hemos perdido capacidad de riesgo y de lucha, no resistimos algunas palabras del maestro. "Estamos perdiendo progresivamente y haciendo perder el sentido de la gracia que tiene un precio muy alto e implica el drama de tomar una decisión personal ineludible ante las palabras duras y la propuesta difícil de Jesús" (11).

Creo que llega el momento de rescatar el coraje, que a veces está dormido en nuestro corazón. La vida religiosa no tiene futuro si busca "hacer carrera"; en nuestros oídos resuenan las palabras de Jesús: "El que quiera ser grande entre vosotros sea vuestro servidor" (Mc 10,43). En nuestros oídos suena el testimonio de Jesús: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos" (Mt 20,28). Si entramos en la dinámica de rebajar el nivel de entrega llegaremos al desencanto, al sinsentido. "A fuerza de limar aristas y eliminar escollos terminará por dulcificar y desnaturalizar la realidad cristiana haciéndola perder precisamente su belleza original y su capacidad de atracción" (12). Si la vida religiosa tiene sentido, éste ha de pasar por la entrega.

Es verdad que muchas veces buscamos el éxito personal en lugar de dar vida al hermano, pero en el fondo del corazón, queremos soñar con los sueños de Dios, buscar con esperanza el Reino. Queremos embarcarnos en la dinámica misionera de las primeras comunidades, queremos, como Jesús, dar la vida. Vivimos en una profunda contradicción, como los primeros discípulos, como las hermanas y hermanos de congregación que nos han precedido. Viviremos así hasta el final de nuestros días. Esto no nos puede llevar a la desesperanza, porque así, como somos, así nos quiere Dios, nos lleva tatuados en la palma de su mano (Is 49,16).

6. De la prudencia a la extravagancia

6.1. Cuando la prudencia hace inocua nuestra Vida Religiosa

Leía el otro día una palabras de A. Cencini: "La vida consagrada debe ser pro-vocante en su anuncio, y no limitarse únicamente a buscar la autorrealización de cada individuo" (13). Hemos descubierto en estos últimos años el apoyo de la psicología; todas las congregaciones hemos hecho cursos sobre autoestima, sobre cómo mejorar las relaciones humanas, cursos para aprender a manejar nuestro mundo afectivo. Nos hemos dejado ayudar por los maestros en el análisis transaccional, el eneagrama... Todo esto ha supuesto una gran aportación para la vida religiosa; nos ha posibilitado ser más felices, sanar nuestras comunidades y humanizar nuestro mundo, pero no podemos quedarnos ahí. Las comunidades religiosas son lugares en los que podemos sanarnos en común, pero no son grupos terapéuticos. Es necesario el reconocimiento de los hermanos o hermanas de comunidad, necesitamos ser acogidos tal y como somos, necesitamos ser escuchados, necesitamos tantas cosas... Todo eso es cierto pero corremos el riesgo de instalarnos en la lógica de la Nueva Era, preocupados fundamentalmente por nuestro bienestar privado. Ni

es la lógica del evangelio, ni nos hace felices. El Señor desea nuestra autorrealización pero dentro de la dinámica y las coordenadas del Reino. Se impone volver al primer amor, a la primera llamada, al primer sueño. Nos realizamos con otros, acogiendo el don liberador de Dios y entregando nuestra vida para la liberación de las personas.

Hace unos años escuché a L. González de Carvajal, en una parroquia de la periferia de Madrid, la invitación a ser "raros pero no raritos". Es claro que los religiosos hemos sido "raritos" y aún lo somos en algunos casos. "Raritos" en nuestras costumbres, en nuestras tradiciones... El mundo, de alguna manera, era nuestro enemigo. No conocíamos su sensibilidad ni sus valores. Hoy en día, en la mayoría de los casos, hemos dejado de ser "raritos", extraños al mundo, hemos empezado a mirar con empatía la realidad que nos rodea. Hoy intentamos caminar como compañeros de camino en el corazón del mundo. Hemos dado unos pasos importantes, necesarios, pero quizás hemos perdido el poder provocador. Quizá nos hemos diluido, aceptando indiscriminadamente las demandas de nuestra sociedad neoliberal, de nuestra sociedad moderna y postmoderna. Hemos aprendido a vivir a la intemperie pero nos ha faltado coraje para vivir la vida de una manera desafiante, sin falsas prudencias. Nos falta coraje para vivir la disidencia en el mundo, en la Iglesia, en la comunidad. ¿No nos dejamos agarrar por el miedo a ser extravagantes como le gusta decir a Felicísimo Martínez? Este autor subraya que "lo peor que le puede suceder a la vida religiosa en el mundo es que resulte inocua e indiferente" (14).

¿Encarnarnos? Sin duda. Pero, ¿no tendremos que hacer una opción por descubrir los valores contraculturales? ¿No tendremos que renunciar a aquellas realidades que no son compatibles con el Evangelio? Jesús, que vive en el corazón del mundo, ¿no es crítico con los valores que defendían los escribas y fariseos de la época?

6.2. Nos dejamos sorprender por la audacia de una mujer (Lc 7,36-50)

Vamos a contemplar una página de Lucas que nos presenta a una mujer extravagante y a un Jesús provocador (Lc 7,36-50). Nos encontramos ante uno de los textos más bellos del evangelio de Lucas. Está situado en la sección de Galilea, poco antes de que Jesús comience el camino hacia Jerusalén, tan característico del tercer evangelio.

Esta unción de Jesús se parece a la de Betania (Mc 14,3-9), pero se trata de otra mujer. Las mujeres aparecen poco en los evangelios y con frecuencia las confundimos. Esta mujer, pecadora pública, no es María de Betania, ni María Magdalena, ni es la mujer adúltera, es probablemente una prostituta a la que Jesús perdona. Quizá esta mujer conociera al maestro y formase parte del grupo de "publicanos y pecadores que se acercaban a Jesús para oírlo." (Lc 15,1).

Esta pecadora se introduce en el banquete, al que sólo los hombres están invitados, se salta todas las reglas sociales y afronta el riesgo de la condena. Esta mujer audaz, quiso encontrarse con Jesús (Lc 7,37). Le besa los pies, los baña con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos y los unge con su perfume (Lc 7,38). "Las lágrimas de la mujer prostituta hablaron a Jesús y el silencio de Jesús le habló a ella como aceptación de su ofrenda y, más aún, como aceptación de sí misma" (15).

Su gesto insólito escandaliza a Simón. No es la mujer la que provoca la indignación del fariseo sino la postura de Jesús: "Si éste fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que lo está tocando" (Lc 7,39). Jesús hace un gesto provocador, se deja tocar por esa pecadora pública. El Maestro nos desconcierta una vez más, rompe, en nombre de Dios, con las convenciones establecidas y con el orden social. Con su postura extravagante rompe los tabúes, relativiza las leyes; propugna la reintegración de los excluidos del pueblo, en lugar de mantener su discriminación y alejamiento.

Jesús no aparta de sí a esa mujer, la acepta en su condición de pecadora y sabe que va a abrirse a la gratuidad del perdón misericordioso de Dios. Aquella mujer, que supo vencer todos los miedos del rechazo y la exclusión, sale liberada y perdonada. Su gesto de amor la llevó a la reconciliación, su osadía la saca de la marginación en la que vivía.

6.3. Somos llamados a vivir en las periferias, en los desiertos y en las fronteras

Cuando nos reunimos para plantearnos estrategias de compromiso con los empobrecidos surgen siempre las mismas discusiones: ¿ayudas puntuales?, ¿promoción?, ¿desarrollo comunitario?, ¿denuncia de las causas que generan la pobreza? Todo esto es importante pero quizás tengamos que dar un paso más. Jesús comía con los pecadores, esto fue causa de graves problemas en su vida. Nosotros trabajamos por erradicar toda segregación pero ¿sentamos a nuestra mesa a los mendigos, los enfermos de sida, los extranjeros...? Pueden ser violentos, pueden robarnos, pueden cogernos el corazón y obligarnos a cambiar nuestros esquemas, pueden cuestionar nuestra vida.

En Occidente podemos tender a vivir una vida religiosa que a veces es calculadora, potenciadora de pasividades, con poca imaginación creadora; todo ello ha acabado empobreciéndola. ¿No estaremos perdiendo la ocasión de ser "luz" y "sal" (Mt 5,13-15). ¿No ha llegado el momento de romper con esa falsa prudencia y fomentar el riesgo y la extravagancia?

Jesús no es prudente cuando comienza a decir a sus discípulos que el Hijo del hombre sería rechazado, que lo matarían... Pedro le increpa (Mc 8,31-32) porque piensa que no es razonable seguir por ese camino que le llevará hasta la cruz. La respuesta de Jesús es muy dura: "¡Ponte detrás de mí, Satanás!" (Mc 8,33). Tampoco fue prudente permitir que los religiosos maristas se quedasen a vivir en países amenazados por la guerra. ¿No ha sido un gesto extravagante la muerte de todos los misioneros que han dejado su vida en África, en América Latina...? ¿No tendría que ser la vida religiosa un espacio de locura evangélica?

Cuando dejamos de ser extravagantes, nos integramos en el sistema, y dejamos de ser "raros" entonces nos volvemos tan normales que perdemos nuestra fuerza profética. Estamos llamados a caminar por los extremos, por las periferias, fronteras y desiertos: somos habitantes del límite. Cuando nos acomodamos y dejamos de vivir exageradamente la vida perdemos nuestra

capacidad simbólica. Entonces la vida religiosa deja de ser una parábola que cuestiona y da luz para el camino. Nuestras casas dejan de ser esos faros encendidos en la noche que hacen señas a los hombres y mujeres que navegan hacia el Reino. ¿Hasta cuándo seguir esperando? "Los habitantes del límite, de la frontera, nunca concluyen su éxodo" (16).

7. Sostenidos por Jesús seguimos soñando

Voy a terminar mi exposición compartiendo con vosotros y vosotras lo que se despierta en mí cuando sueño con un nuevo modelo de vida religiosa. A veces nuestros sueños son más grandes que nuestras realizaciones. En nuestros documentos capitulares, en las conclusiones de nuestras asambleas sacamos unos documentos llenos de vigor y de dinamismo. Hablamos de refundación, de inserción, de inculturación, de estar cerca de los empobrecidos... Muchas veces nuestros deseos no corresponden con la realidad que vivimos. ¿No tendríamos que ser más modestos en nuestras declaraciones y marcarnos pequeños pasos que sean realizables, que podamos evaluar? Esto nos ayudaría a ser más coherentes. Quizá tengamos que mirar a aquella mujer que puso la levadura en la masa (Lc 13,20-21). Ella sabía que para que se llevara a cabo su sueño de tener pan para alimentar a otros, tenía que dar un pequeño paso, poner unos gramos de levadura. Con este gesto cotidiano y con mucha paciencia vería colmado su deseo.

Los sabios de Oriente también sueñan, tienen deseos de conocer a Jesús (Mt 2,1-11). Guiados por una estrella emprenden el camino. Pero esa señal del cielo aparece y desaparece; tienen, como nosotros, momentos de luz y otros de oscuridad. Ellos prosiguen su ruta aún en las tinieblas, buscan, preguntan... Nosotros sabemos que el Señor no nos abandona, que se hará presente cada vez que necesitemos su estrella.

Hay algo que resuena con frecuencia en mis oídos: el "no temas" que tantas veces aparece en el Nuevo Testamento. "No temas" le dice Jesús al jefe de la sinagoga que llora a su hija muerta, "no temas," basta con que tengas fe (Mc 5,36). "¡Ánimo! Soy yo. No temáis" Mc 6,50b) dice el maestro a sus discípulos cuando lo ven caminar sobre las aguas. "No os asustéis", dice el joven vestido de blanco a las mujeres, "el crucificado ha resucitado; no está aquí" (Mc 16,6). "No temas" le dice el ángel a María en la anunciación (Lc 1,30). Ella estaba turbada, se hacía muchas preguntas como nos hacemos los religiosos en estos momentos de nuestra vida.

No tenemos nada que temer. Como en otro tiempo, Jesús pasa hoy junto a nuestro lago y nos dice: "Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres" (Mt 4,19). Se ha fijado en nosotros de una manera personal, nos ha llamado. Él ha tomado la iniciativa y nos propone un proyecto entusiasmante: de pescar peces podemos pasar a dar vida a tantos hombres y mujeres sedientos de felicidad. Podemos seguir soñando, podemos seguir ayudando a soñar a otros. Podemos soñar con un mundo donde haya esperanza para los más débiles. Nuestros fundadores y fundadoras soñaron, sabían que lo imposible para el ser humano es posible para Dios. No dejemos de soñar.

NOTAS

(1) Imagen de los religiosos y las religiosas en la juventud. Resultados de una encuesta dirigida a jóvenes en contacto con los religiosos y las religiosas españoles, en Confer 149(2000).

(2) J. C. R. GARCÍA PAREDES, Una historia de Gracia. Los mejores logros de la vida religiosa en "Sal Terrae" 969(1994) 449-459, 459.

(3) M. McKenna, El Adviento día a día. Citado en "Homilética", Adviento 99, Ciclo B, 529.

(4) M. J. MUÑOZ, La mujer en la Biblia, Madrid 1998, 173.

(5) D. ALEIXANDRE, Pan en nuestra mesa. Lectura pastoral y orante de la Biblia en "Sal Terrae" 1037(2000) 616-630, 627.

(6) Conferencia impartida por Felicísimo Martínez en la sede de Confer, Madrid, el 12 de octubre de 2000.

(7) T. RADCLIFFE, El manantial de la esperanza, Salamanca 1999, 57.

(8) M. LÓPEZ VILLANUEVA, La Palabra: cuando es Otro quien nos sueña, en "Todos uno" 144(2000) 79-97, 89-90.

(9) D. ALEIXANDRE, Memoria viva del "juego pascual" en Confer 143(1998) 435- 453, 447.

(10) F. RAMIS DARDER - LA CASA DE LA BIBLIA, Lucas, evangelista de la ternura de Dios, Estella 1997, 102.

(11) A. CENCINI, Los sueños de la vida religiosa. "Mira al cielo, cuenta las estrellas", en "Todos uno" 144(2000) 11-45, 35.

(12) Ibid., 35.

(13) Ibid., 33.

(14) Conferencia impartida por Felicísimo Martínez en la sede de Confer, Madrid, el 12 de octubre de 2000.

(15) M. J. MUÑOZ, La mujer en la Biblia, Madrid 1998, 184.

(16) J. C. R. GARCÍA PAREDES, Una historia de Gracia. Los mejores logros de la vida religiosa en "Sal Terrae" 969(1994) 449-459, 459.